

El Maestro de escuela amigo del Marqués de Valdeiglesias

Además de los grandes nombres de señores, reyes o conquistadores la historia de los pueblos se ha fraguado por personas humildes, que con su dedicación al trabajo o entrega a los demás han contribuido a construir las señas de identidad de sus municipios. Ricardo Martín Suárez es uno de esos hombres. Maestro de escuela, en 1852 tomó posesión de su cargo en Navas del Rey, luego fue trasladado a Colmenar Viejo y en 1863 comenzó a dar clases en San Martín de Valdeiglesias.

Conocemos de su buen hacer, de su profesionalidad y dimensión humana gracias a diversos artículos que han sido publicados en la prensa del momento como "El Liberal" o "La Época", esta última publicación perteneció a Ignacio José Escobar, nombrado Marqués de Valdeiglesias en 1879.

El maestro Ricardo Martín vivió, según testimonios y recuerdos, en la subida de la calle del Arco, donde está ahora una pescadería. Vivienda que sufrió un incendio en el corral por la acumulación de productos que la gente con necesidad ofrecía y él compraba, ayudando en lo que podía a los necesitados.

De la trayectoria profesional de este docente conocemos que se encontraba entre los 12 primeros del escalafón de maestros de la provincia de Madrid que publicó el periódico "La Época" en 1884, también que encabezó la comisión de Maestros de instrucción primaria que en el 28 de marzo de 1889 visitaron al Subsecretario de Gobernación para gestionar el cobro de los salarios de los Maestros de Escuela.

Con Ignacio José Escobar, Marqués de Valdeiglesias, le unió una gran amistad y fue el encargado de organizar sus funerales en 1887, acudiendo con doscientos niños y niñas de las escuelas, acompañados de sus respectivas profesoras. A la memoria de este periodista, propietario de una de las revistas conservadoras más importantes de finales del siglo XIX, "La Época", le debemos el nombre de la calle "Marqués de Valdeiglesias", anteriormente denominada calle de "La Lechuga", donde la familia Escobar poseía un solar, un cambio de nombre que decidió realizar la Corporación municipal como muestra del respetuoso afecto que todo el pueblo de San Martín tenía a I. J. Escobar.

El siguiente artículo fue publicado por León Roch en "La Época" el 17 de octubre de 1900.

Bodas de oro de un maestro

De un Maestro de Escuela...entiéndase bien, y español por mas señas. Porque es tan extraordinario en nuestra tierra, donde los Maestros se mueren de hambre, piden limosna con carteles alusivos, o se meten a toreros impulsados por la necesidad, en caso de que un Maestro de Escuela cumpla cincuenta años en el ejercicio de la noble profesión, sin grave detrimento de su organismo, sin convertirse en momia o en oblea, que nadie podría honradamente figurarse que de un Maestro de Escuela se trataba. El oro, aunque sea en bodas, no pertenece al reino del Magisterio.

También pudieran figurarse los mal pensados que se trataba de un mito, de una invención de cronista sin tema para la crónica, o de una fantasmagoría de poeta trastornado. No, maestro Cavia, no es un mito. Juro por mi buena fe de cronista sincero que es un Maestro de Escuela autentico, que vive, y aun da lecciones y desasna a los chicos de su lugar; un Maestro de carne y hueso, aunque con poca carne.

Todos los ilustres definidores de la regeneración nacional que nos han sabido preconizar como base principal de la obra el culto a la Escuela y el enaltecimiento del viejo dómene. ¡Honremos al Maestro!, se grita en todas partes... Y á este cuento de honrar al Maestro, predicando con el ejemplo, sacamos a relucir nosotros la fantástica figura de este honrado Magister, que lleva cincuenta años desasnando generaciones de chicos, contribuyendo con maravillosa constancia a la obra de la regeneración con las humildes piedrecitas del a b c, base de toda ciencia y toda sabiduría.

Es un Maestro obscuro y humilde, que tiene su Escuela no lejos de la villa y Corte de las Españas, en el pueblo de la provincia madrileña que lleva el nombre de San Martín de Valdeiglesias. Su nombre, digno ó poco menos de ser cantado por la fama y esculpido en mármoles y llevado en triunfo por la insula española, es D. Ricardo Martín, apellido clásicamente español, como corresponde á quien como el Maestro en cuestión, es tipo clásico del dómene de aldea. Cincuenta años día por día, sin haber faltado á su Escuela mas que contadas veces, y solo por enfermedad, sin salir de la provincia de Madrid, lleva el anciano Maestro enseñando primeras letras y desbrozando inteligencias infantiles.



En todo ese tiempo no ha recibido una sola amonestación ni apercibimiento de sus superiores, prueba irrecusable de que cumplió celosamente sus deberes. En todo ese tiempo no se ha cansado de conducir manos de chicos sobre líneas de papel Iturzaeta para el trazado de curvas y palotes, ni de enseñar con paciencia de santo que dos y dos son cuatro, y quince, tres por cinco... Y todavía, con la enorme carga de sus setenta y pico de años, que no han quitado agilidad á su cuerpo ni luz á su inteligencia, el anciano D. Ricardo Martín asiste sin interrupción á su Escuela, con la misma fe que en los primeros años, lleno de amor á los chicos, enseñando el silabario y guiando manos torpes por los carriles del papel pautado. Verdadero sacerdote del Magisterio, celoso como nadie del culto, es un esclavo de su deber. Hoy, como ayer, sus entusiasmos se mantienen vigorosos, ajeno a toda lucha, libre de toda enemistad, consagrado al deber constantemente, la Escuela ha sido su hogar, y los educandos a sus hijos. Su sillón de Maestro fué como un trono para él, el puntero clásico un cetro que no cambiará por nada.

Dos generaciones han pasado por los bancos de la Escuela; centenares de chicos, que él ha visto crecer, hacerse hombres, constituir nuevas familias...Después ha enseñado a sus hijos, que se han hecho hombres también y han dado nuevos retoños en la fecunda renovación de la raza...Ahora enseña también a los nietos de los primeros. Han pasado sobre el país gravísimos trastornos: guerras, revoluciones, muertes, asolamientos. Ha caído una Monarquía y se ha levantado la República, que ha caído también. Han ocupado el Trono cuatro Soberanos. Se ha perdido en la guerra todo el poderío colonial de España....El viejo Maestro, firme en su puesto, esclavo del deber, ha permanecido en la Escuela, frente a los carteles regeneradores, ajeno a todo, continuando con perseverancia de santo su labor, trabajando por la afirmación de la vida nacional, formando generaciones de hombres aptos para el trabajo, poniendo piedrecitas en el edificio de la reconstitución del país.

En San Martín de Valdeiglesias, el honrado Maestro es objeto de la veneración y del cariño de todos. Es una de las columnas milenarias de la sociedad del pueblo, una de sus potencias y el primero de sus bienhechores. Ninguna obra mas fecunda que la suya...Complaciente y servicial, amigo de todos, a el acuden todos en demanda de consejo en los trances de empeño, y a todos ilumina con su bondad de patriarca...La fiesta de sus bodas de oro, que celebrará el próximo 25 del corriente, fiesta sin precedentes, quizás en los anales del disecado Magisterio español, debe ser fiesta solemne para el vecindario del pueblo, todo el cual se ha cobijado bajo su sombra de roble añoso y robusto.

También debe ser fiesta para los demás, porque este caso es verdaderamente extraordinario y sorprendente..Ese honrado Maestro de San Martín de Valdeiglesias debe ser considerado como patriarca de nuestro oscuro Magisterio de Aldea, y en él debe honrarse á toda la clase.

El Ministerio de instrucción pública da el ejemplo, proponiéndose conceder al Maestro de San Martin, en la fiesta de sus bodas de oro, una recompensa por sus dilatados servicios. Por nuestra parte, cumplimos nuestro deber sacando a relucir la figura del anciano dómine, ofendiéndole quizás en su modestia, ofreciéndole como ejemplo admirable á la veneración de las gentes y saludándole con respeto:

!Ave, Magister!..

Sirva este escrito como homenaje y agradecimiento a todos los profesores que han pasado por nuestro pueblo, sin recibir menciones ni honores y en especial a mis amigos Manuel Carrillo, aunque ya no esté con nosotros, y Máximo Donaire, extremeño que se jubila este año. Y para nuestro cronista Lorenzo Gómez, también docente ya jubilado, que nos descubre la historia de nuestro municipio.

Luis Lastras